

se amigos y admiradores. Vió pues un rival en este nuevo obispo de la corte; pero sus representaciones y la oposicion de su envidiosa política fueron inútiles, porque Eutropio amenazó y dió á sus amenazas un motivo canónico. Era Teófilo sobradamente hábil para que fuera á mostrarse opuesto al gobierno y á los cánones, y así aparentó volver por persuasion al modo general de pensar, y aun quiso tener el mérito de hacer la ordenacion. Así el nuevo Patriarca fué ordenado el 26 de febrero del año 398 con la mas perfecta unanimidad.

Brillante era la dignidad pero llena de disgustos y peligros, pues todo el celo del último emperador no habia coseguido liberar el pais de los hereges que le infestaban. El rebaño era fiel; pero le cercaban los lobos por todas partes, como lo observa el nuevo pastor en el primer discurso que hizo poco despues de su ordenacion. Efectivamente, aunque los arrianos no osasen reunirse en Constantinopla, estaban llenas de ellos las inmediaciones, sin contar á otros sectarios, como los marcionistas, maniqueos y valentinianos. Sin embargo, elogia el Santo el fervor de su pueblo. «¿A quién no causa admiracion, les dice, vuestro celo, vuestra fé y vuestra caridad sincera? Os he dirigido la palabra una sola vez, y esperimento ya los mismos sentimientos que si me hubiera criado entre vosotros. No, no puedo menos de amaros tanto como á la Iglesia en donde nací y me eduqué. Hermana es de la vuestra como lo mostrais por la conformidad de vuestras obras, en las que os igualais á ella en el amor que teneis á los que os instruyen; y si aquella Iglesia es mas antigua, corre esta mas riesgo de que prenda en ella el fuego de la heregia (1).»

La multitud de leyes publicadas entonces contra los hereges demuestra la razon

(1) Chrysost. Homil. cont. Anom. tom. 6.

que tenia San Crisóstomo para hablar así. Recayó la mayor severidad sobre los apolinaristas y eunomianos, cuyos clérigos fueron arrojados de todas las ciudades, y se les prohibió reunirse hasta en el campo bajo pena de confiscacion de la casa en donde se congregasen, y del último suplicio al que se la diese. Se mandó tambien quemar sus libros bajo pena de muerte; y estas órdenes fueron espedidas en 4 de marzo, y se atribuyen al eunuco Eutropio que se proponia establecer sólidamente la autoridad de San Crisóstomo desde el principio de su episcopado.

En Occidente, Estilicon con las leyes publicadas bajo el nombre de Honorio, trabajó sobre todo en reprimir las violencias de los sectarios contra el clero y contra los lugares santos. Quiere que el culpable sea delatado á las autoridades por los magistrados y estacionarios; es decir, por los funcionarios públicos, y que el gobernador de la provincia castigue con pena capital á los que resultasen convictos, sin esperar á las quejas del obispo, á quien la santidad de su ministerio (esta es la expresion de la ley) no deja sino la gloria de perdonar. Y si la multitud rebelde se empeñase en defenderse, exigirán los gobernadores particulares auxilio al conde que tenga el mando general de las tropas (1). Dióse esta orden principalmente para el Africa que se menciona alli, y directamente se promulgó contra las violencias de los donatistas llevadas hasta el exceso durante las turbulencias de la guerra de Gildon.

Este era hijo de uno de los reyes de Mauritania, que en recompensa de su antiguo amor á los romanos habia sido elevado, aunque pagano, á la dignidad de conde por el emperador Teodosio, y se sublevó en tiempo de Honorio. Su hermano Masezel,

(1) Cod. Theod. de Episcop. l. 32.

que era cristiano; se mantuvo fiel al emperador, y se alejó prontamente de Gildon, dejando en Africa sus dos hijos, á quienes su bárbaro tio mandó quitar la vida. Masezel fué enviado á hacer la guerra á este hermano desnaturalizado; pero iba con solos cinco mil hombres, y Gildon tenia setenta mil. Conforme al método del gran Teodosio, en cuyo tiempo habia militado Masezel, recurrió lleno de fé y religion á las oraciones y á las buenas obras para suplir la minoridad de sus fuerzas. A pesar de esto, en la vispera de la pelea le sobrecojió el temor, y pretendia levantar el campo para refugiarse en los montes; pero por la noche se le apareció San Ambrosio, y dando tres golpes en la tierra con su báculo, le dijo: *aquí, aquí* (1). Entendió que el Santo le ofrecia la victoria si peleaba en donde estaba acampado, y corrió al punto en busca del enemigo. No dudó ya de la victoria; mas quiso economizar la sangre de su nacion, y propuso la paz á las líneas avanzadas que le hacian frente. Entretanto vió á un portaestandarte que animaba con viveza á los rebeldes al combate: voló Masezel y con la espada le obligó á bajar la bandera. Observando esto los cuerpos distantes y siempre adictos á su antiguo general, se persuadieron de que los primeros batallones se le rendian, y fueron á porfia á prestarle sumision. Quedaba con Gildon una multitud de bárbaros é idólatras que abandonados de las tropas regladas se dispersaron huyendo. Gildon llegó al mar con ellos, y ya habia entrado en el barco cuando fué preso y llevado á Africa, en donde se quitó la vida por sus propias manos.

Los donatistas estaban por los enemigos del Imperio, como suelen hacerlo los enemigos de la Iglesia. Optato, su obispo de Tamaguda en la provincia de Cartago, era

(1) Paul. vit. n. 51.

tan conocido por su parcialidad y afecto á Gildon, que no se le llamaba sino con el nombre de Gildoniano. Tenia por otra parte un genio mas apto para la milicia que para la Iglesia, y así marchaba siempre al frente de una tropa de personas armadas. Por su influjo se prolongaron por mucho tiempo los desórdenes de la rebelion despues de la muerte de su autor. Optato hizo durante diez años la guerra á los católicos, persiguiéndolos con todo rigor por mar y tierra, y cometió contra ellos un sin número de crímenes y de horrores. Preso finalmente como cómplice de Gildon, murió en las prisiones, y por esta razon sus partidarios fanáticos le dieron el título de mártir.

Estos excesos inflamaron mas y mas el celo de San Agustin á favor de la reunion. Usó de la autoridad que le conferia el carácter episcopal, no solo para bien de Hipona, sino tambien para edificacion de las principales ciudades en donde se le rogaba muchas veces que predicase. Asistían los Donatistas á sus discursos en tan gran número como los católicos, y aun parecia que concurrían con mas frecuencia y atencion. Referían con exactitud la doctrina del Santo á sus obispos, y despues le daban cuenta de las contestaciones de estos falsos doctores. Escuchábalos Agustin, y satisfacía á cada punto con una dulzura inalterable, aunque usasen muchas veces de groseras injurias. Buscábalos y escribales en los términos mas atentos y afectuosos para presentarles la verdad con todos sus atractivos, para incitarles á conferenciar con él, y para tratar de las dificultades sin amargura y sin preocupacion. El temor que mostraban los gefes del partido de entrar en conferencia con un hombre tan sábio, les obligó á huirle el cuerpo por largo tiempo. «¿Pero qué pueden temer de un principiante y aprendiz como yo, decia el humilde Doctor, los que hace tantos años

que ejercen el episcopado? Si recelan de la débil ventaja que me dan las letras humanas, ¿qué tienen estas que ver con el fondo de nuestra controversia? Existen también preladados católicos que no las estudiaron; yo suplicaría á alguno de ellos, si así lo quisieran, que hiciese mis veces; pues el Señor no necesita de la sabiduría humana para que triunfe la verdad. Por último, presentóse oportunamente la ocasión de dar principio á las conferencias con algunos principales de los donatistas; pero produjeron poco fruto. Pretendieron que el Concilio de Sárdica había comunicado con los obispos de su partido; y para probarlo presentaron un ejemplar de dicho Concilio. Agustín tomó el libro, y examinando con atención los decretos, observó que se condenaba en él al santo Papa Julio y á San Atanasio. Hecha esta observación, demostró sin dificultad que el tal ejemplar era de un Concilio arriano, probablemente del de Filipópolis, que se había arrogado en efecto el nombre de Concilio de Sárdica. No tuvo resultado alguno este descubrimiento, sino que los cismáticos principiaron á ser más recelosos y disimulados, y rehusaron entregar el ejemplar á Agustín que quería examinarle á fondo. Probó también invenciblemente, aunque con el mismo escaso fruto, que el primer obispo de Cartago, de quien los donatistas se habían separado, había perseverado en la comunión de la Iglesia Romana, en la cual, dice, estuvo siempre la primacía de la Cátedra Apostólica.

Estas conferencias no dejaron de ser útiles á la iglesia de Africa, motivando el que en dos años consecutivos se celebrasen dos Concilios, en los cuales se formaron muchos reglamentos de disciplina, cuya sabiduría los hizo conservar religiosamente hasta nuestros días. El de 397, compuesto de cuarenta y ocho obispos, prohíbe á todos los clérigos entrar en las tabernas para

comer y beber, no siendo por necesidad y yendo de viage. Véales también tener en su casa muger alguna estraña, sino solamente su madre, su abuela, su tia, su sobrina y las mugeres de sus hijos casados, ó las de sus esclavos, ó en fin las de su familia que estaban ya en casa de los clérigos antes de su ordenación. Prohibese todo tráfico sórdido á los obispos, á los sacerdotes y demas clérigos, y se manda que los que careciendo de hacienda al tiempo de su ordenación adquiriesen despues bienes raices, serán tenidos por usurpadores de los bienes sagrados, si no los diesen á la Iglesia, á no ser que los hubieran adquirido por sucesion ó donación. La consagración de las vírgenes no debe hacerse sino cuando estas tengan á lo menos veinte y cinco años. Por este artículo se viene en conocimiento de que habia unas vírgenes que vivian en comunidad, y otras que habitaban en casas particulares; pues se ordena, que á las que quedasen huérfanas, se las pondria por los cuidados del obispo en un monasterio de vírgenes, ó en compañía de algunas mugeres virtuosas. El cánón sexto reprime un abuso muy singular, que consistia en dar la Eucaristia á los cuerpos muertos. La mayor parte de los restantes cánones trataban de las ordenaciones, las que no siempre se celebraban en los mismos lugares, pues el obispo de Cartago, para que se conociese la dificultad de asistir, según el uso ordinario de Africa, doce obispos á esta ceremonia, dice que tenia que hacer ordenaciones todos los domingos. Reformó también este Concilio los títulos pomposos que se daban al obispo de la mayor silla de su provincia, tales como los de soberano sacerdote, ó príncipe de los sacerdotes, y quiere que se le llame simplemente obispo de la primera silla: de donde proviene el título de primado, que tomaban en Africa los primeros obispos de cada provincia.

Quando con la derrota de Gildon cesaron todas las turbulencias, hubo en Cartago un Concilio nacional mucho mas numeroso que el anterior, pues se enumeran en él doscientos catorce obispos, y se establecieron ciento y cuatro cánones, cuya mayor parte tratan también de la ordenación y de las obligaciones del clero. El exámen que el primer cánón prescribe antes de consagrar un obispo, se parece mucho á lo que se encuentra todavía en el principio del ceremonial de nuestras ordenaciones. Dice el sexto, que los esposos, despues de haber recibido la bendición del sacerdote, deben por respeto al Sacramento guardar continencia la primera noche. El vigésimo cuarto escomulga al fiel que en los días solemnes frecuenta los espectáculos en vez de asistir á los oficios de la Iglesia. El quincuagésimo-primer manda á los clérigos que trabajen para ganar con qué alimentarse y vestirse.

Las labores de manos, encargadas por este Concilio á los clérigos, eran de una obligación mas rigorosa para los monges: San Agustín miraba este punto como tan importante, que formó espresamente un tratado, en el que reconoce que los ministros del altar tienen derecho á ser alimentados por el pueblo. Mas respecto de los monges, á mas de que no eran del cuerpo de estos ministros, era muy de temer que sin el trabajo dejenerase su profesion en una vida ociosa y relajada. Observa con mucha oportunidad que siendo la mayor parte de ellos de la última clase de los ciudadanos, artesanos, aldeanos, y algunas veces esclavos, habían tenido en el mundo una vida pobre y laboriosa, y que el retro sin el trabajo seria para ellos un escollo, y que no se podian desterrar de los monasterios estas clases de gentes humildes que muchas veces daban grandes Santos. No cabe duda de que la mudanza ocasionada despues de aquel

tiempo, en cuanto á la condicion de los monges, introdujo con razon en los monasterios un nuevo método de vida. Celebróse otro Concilio en Cartago en el pontificado de Aurelio, y se cuenta comúnmente por el quinto de aquella iglesia. Prohíbe entre otras cosas citar á los clérigos para ser testigos en justicia; tal era la masedumbre que se deseaba en el clero. Mándase también en él que los clérigos condenados canónicamente, de cualquiera orden que fuesen, por nadie debian ser defendidos. Aun se resolvió pedir á los emperadores una ley que impidiese eficazmente oponerse á las disposiciones de los obispos, y aun á las que hubiese resuelto algun Concilio (a): esta ley se consiguió como se solicitaba. Ordénase también que el intercesor ó visitador de una iglesia, es decir, el que cuidaba de ella cuando estaba vacante, la proveyese de un nuevo titular en el año de la vacante, ó que de no hacerlo así establezca á fin de año otro intercesor. Esto puede haber dado margen á la ley que priva de la colación de un beneficio á todo patrono que se descuida en presentarle. Merece también atención el sexto cánón, porque prescribe bautizar sin escrúpulo á los niños, cuyo bautismo no constase de un modo cierto, lo cual muestra el descrédito en que habia caído entre los católicos el error de los rebaptizantes.

Entretanto Arcadio, ó mas bien Eutropio, promulgó contra los asilos una ley que afligió sensiblemente al clero. Es cierto que se abusaba de la protección que los clérigos y los monges daban á las personas carga-

(a) En los quince cánones que publica Harduin en su colección de Concilios, no encontramos esta disposición; vemos sí en los cánones IX y XV que los PP. resolvieron (en el IX) se pidiese á los emperadores que de acuerdo con los obispos se nombrasen defensores de los pobres contra la prepotencia de los ricos, y (en el XV) que en todas partes se borrara completamente todo rastro de idolatría. (N. del E.)

das de delitos ó de deudas; pero el orgulloso eunuco, no satisfecho con reformar los abusos, despojó á las iglesias del derecho mismo, prohibió refugiarse en ellas en adelante, y obligó á arrojar de ellas á los que se habian acogido á su recinto. Algunos templos habian estado en posesion de este privilegio mucho tiempo antes que las iglesias cristianas, y esto hacia que se mirase esta súbita supresion como una violencia injusta; tanto mas cuanto no se podia declamar contra la impunidad ni corrupcion de costumbres. Eran de un rigor extremo las penas que imponia entonces la Iglesia á sus penitentes; y si conservaba la vida á los criminales, al mismo tiempo cuidaba de oponer los mas fuertes diques contra los delitos.

Pero Eutropio, sacado del polvo y elevado rápidamente al colmo de la grandeza, no podia ya sostener el peso de su fortuna. Habia sido esclavo, y despues se habia introducido entre los eunuocos del palacio, en donde con la adulacion é intriga habia encontrado medio de ganar la confianza del emperador. Rufino, que habia tenido mucho tiempo en tutela á Arcadio, acababa de despeñarse, despues de haberse elevado hasta el último punto, y Eutropio no se ardró en sucederle en su valimiento y en toda su grandeza. La emperatriz Eudisia le dispensaba su proteccion con una eficacia proporcionada al servicio que la habia hecho procurando con sus maniobras su matrimonio y su coronacion, no obstante que ella era de origen bárbaro. Por el favor de esta princesa obtuvo el cargo de camarero mayor y la dignidad de Patricio; y por una gracia que no habia tenido ejemplar y que no le tuvo despues, fué elevado, aunque eunuco, al consulado. Muy lejos estaba él de imaginarse entonces que los altares, á los cuales despojaba de sus prerogativas, serian pronto su único asilo. Habia mandado pu-

blicar dicha ley contra los asilos, temiendo que los grandes que hacia proscribir evitasen los furores de su venganza; pero el mismo se vió precisado á buscar su propia seguridad en la transgresion de su ley. Los grandes, los generales y la misma emperatriz, á quien este hombre atrevido, dicen habia amenazado echarla del palacio, todos se unieron contra él con el emperador, y resolvieron su ruina.

Viéndose Eutropio en esta estremidad, fué á buscar, aunque pagano, su salvacion en la Iglesia; y San Crisóstomo se opuso con generosidad á los que querian arrojarle de ella. El elocuente Patriarca se aprovechó de una circunstancia tan capáz de hacer impresion en el extraordinario concurso que habia acudido, atraido por la singularidad del espectáculo, para manifestar la vanidad de las grandezas humanas. «¿Dónde están ahora, dice á Eutropio (1), vuestros aduladores y esclavos? ¿dónde esas tropas que corrian delante de vos para hacer que cuando pasáseis se retirasen ó postrasen los ciudadanos como si fuérais una divinidad? ¡Oh! Ahora estos están ocultos, abjuran una amistad peligrosa ó estéril, y fundan su fortuna sobre las ruinas de la vuestra. No lo hacemos asi nosotros: la Iglesia, á quien habiais declarado la guerra, abre su seno para recibirlos; y el teatro que protegíais, y que tanto os costó, y que pretendiais que reverenciásemos nosotros, nada puede, y os vende con su indiferencia y su impotencia. No lo digo para insultar vuestra desgracia, ¡no lo permita Dios!, sino para instruir á esta multitud que apenas cree la revolucion que está viendo. Todos vosotros, hermanos míos, lo sabeis como yo, y lo visteis con vuestros propios ojos, cuando vinieron del palacio para llevarle de aquí, cómo corrió á los vasos sagrados, trémulo,

(1) Chrysost. *Orat. in Eutrop.* Tom. 4 alias 8.

con un semblante mas muerto que vivo, y dirigiendo súplicas á los ministros santos con voz mal articulada y ahogada por el temor. Jamás pareció el altar tan magestuoso como desde que tiene este leon encadenado. El orador procura escitar despues en sus oyentes la compasion mas generosa, para salvar aquel desgraciado y obtener su vida del emperador, para que no le faltase tiempo de reparar sus crímenes y llegar á la gracia del bautismo. Vió cumplidos el Santo sus designios por algun tiempo, aunque no sin trabajo ni sin peligro. Corrieron á la iglesia con armas, amenazaron al caritativo pastor y le condujeron con violencia al palacio; pero nada le conmovió: no entregó al refugiado, y nadie osó violar el lugar santo. No obstante, fué preso Eutropio, pero por descuido suyo y fuera del recinto de la iglesia. Fué desterrado á la isla de Chipre, privado de todos sus bienes y títulos, y borrado su nombre de los fastos, en donde se inscribia el de los cónsules. No quedaron todavía satisfechos sus enemigos; y de Chipre se le condujo de nuevo á Calcedonia, en donde le cortaron la cabeza.

Los espíritus mal intencionados no dejaron de censurar el discurso de Crisóstomo, pretendiendo que no se habia opuesto al furor general, sino para insultar mas tiempo al desgraciado objeto de él. Ya el celo activo y sin respeto humano del patriarca, comparado con la lentitud y facilidad de su antecesor, le habia ocasionado muchos enemigos en su clero, los cuales veian con temor la autoridad que con el conjunto de todos los talentos y virtudes se habia adquirido contra la relajacion. Ofendíalos sobre todo que se hubiese atrevido á declamar contra un abuso, que era tanto mas arriesgado cuanto la pasion disfrazada le daba un aire de virtud. A pretesto de caridad, vivian con vírgenes muchos eclesiásticos, y

las llamaban hermanas adoptivas; pero el público las daba el nombre equivoco de subintroducidas. No dejaba de ser especioso el pretesto, pues se trataba de favorecer á una edad y á un sexo débil, á unas huérfanas sin apoyo y sin esperiencia, que no podian por sí mismas cuidar de sus negocios temporales, especialmente en un pais en donde la severidad de las costumbres apenas permitia á las doncellas presentarse en público. Los sacerdotes por su parte, encontraban la ventaja de desentenderse de los cuidados domésticos y mecánicos, para los cuales las mugeres son mucho mas aptas que los hombres. Tambien se alegaba el motivo relumbrante de quedar mas libres para las funciones del ministerio santo. Por el contrario, el Patriarca pretendia que nada podia equilibrarse con el escándalo y positivo peligro de estas compañías; y no contento con hablar enérgicamente contra ellas en sus discursos, compuso dos tratados, uno contra dichos eclesiásticos y otro contra sus compañeras. En ellos destruye todos los fundamentos artificiosos de estas compañías que llama no solo equívocas, sino tambien repugnantes y monstruosas; «pues no son, decia, ni parentesco, ni matrimonio, ni carnales, ni espirituales, sino una estraña mezcla de los peligros é inconvenientes de uno y de otro.»

La adhesion que muchos clérigos mostraron á este género de hermanas, le persuadió que no era tan inocente como decian, y echó de la Iglesia á los refractarios. Reprendió tambien á los eclesiásticos que frecuentaban mucho las casas de los ricos, de quienes se hacian á un mismo tiempo sus aduladores y sus parásitos. Examinó despues la administracion de los bienes de la Iglesia; observó profusion hasta en el gasto doméstico del obispo, y aplicó lo superfluo de este al alivio de los pobres y á la construccion de algunos hospitales. En una pa-